

N.º 50

\$ 1.20



2 -

Para
Todos

AMIGOS

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA & LITOGRAFIA



PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL

Santiago de Chile, 3 de septiembre de 1929
AÑO II NUM. 50
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag» perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



Desde HOLLYWOOD

Especial para la EMPRESA "ZIG-ZAG"

El Verdadero Lon Chaney

Una entrevista con el famoso "as" del make-up, en la que éste muestra su espíritu tal como es y como nadie podría reconocerlo a través de la espesa capa de pintura. — Por CARLOS F. BORCOSQUE

¿Cómo es el verdadero Lon Chaney? Los públicos del mundo entero conocen un hombre que se presenta ante la cámara, terrible y deformado, con la verdadera fisonomía irreconocible bajo una capa maestra de "make-up", unas veces tuerto, la nariz quebrada, los pómulos salientes, y otras con las piernas anquilosadas o los brazos cercenados. Casi siempre sus roles son trágicos: ha hecho de "malo" durante muy largos años de su vida cinesca, y sólo ahora, ha tenido o ha pedido algunas oportunidades, en las que aparece bajo un nuevo aspecto, siempre feo y repugnante, pero tierno y sentimental.

Yo deseaba conocer al "verdadero" Lon Chaney. Le había conocido, superficialmente, hace dos años, cuando filmaba "Ríe, payaso, ríe"; pero esto no era suficiente, ni tampoco algunos ratos de charla en el estudio, a algunos minutos juntos en su coche hasta Hollywood, y el saludo diario a la hora del lunch, en el enorme comedor de Metro-Goldwyn - Mayer. Sin el "make-up" y sin el traje de su rol, Lon Chaney es un

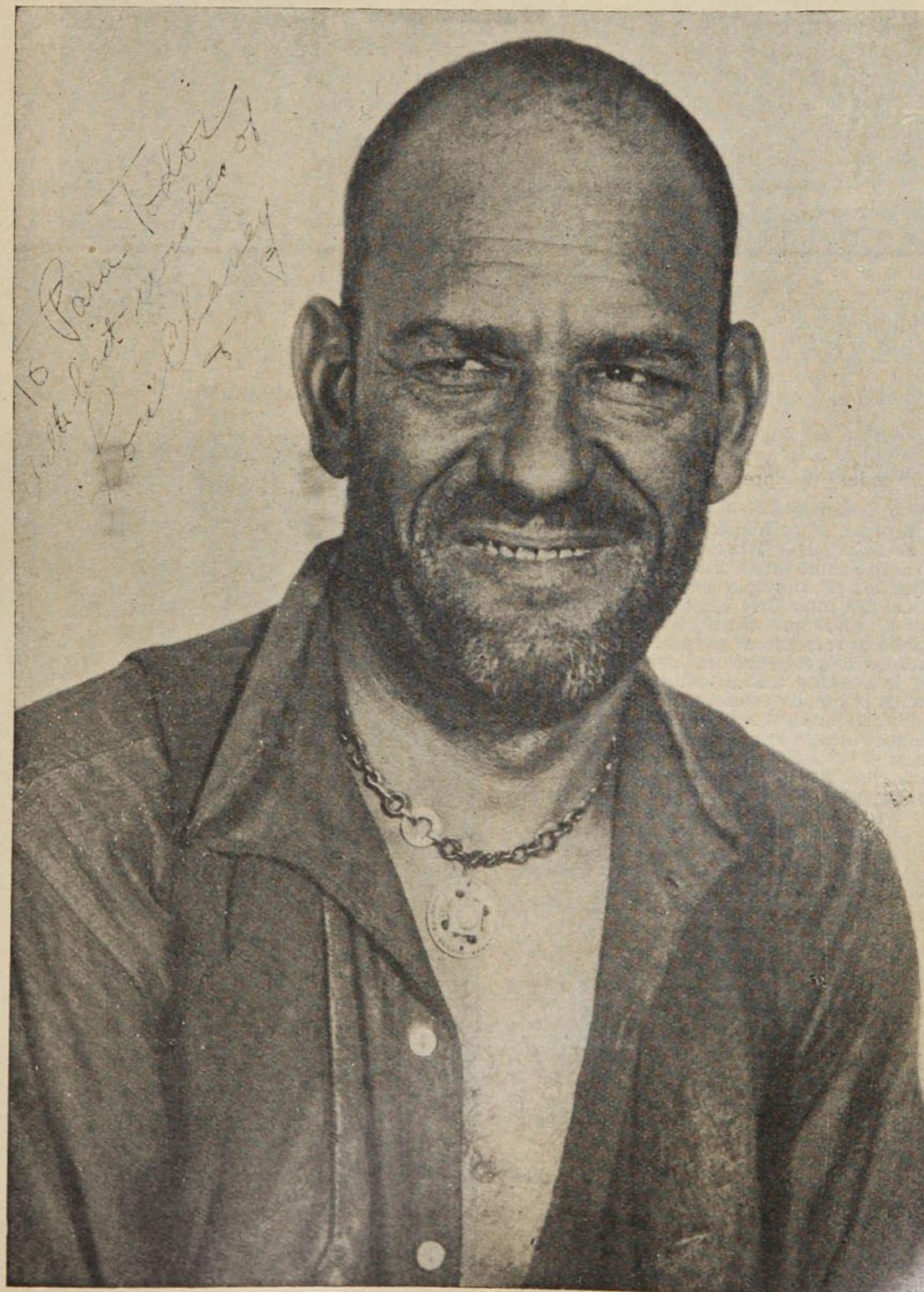
ciudadano humilde, de cabeza gacha y hombros caídos, de grandes lentes oscuros y enorme "jockey" metido hasta las orejas. Nadie diría que es el artista famoso, que cobra cada semana un cheque de 5.000 dólares. Se pensaría, cuando más, de que es algún apacible obrero americano.

Algunos días atrás, llegó por fin la oportunidad esperada: Lon Chaney fué a almorzar más tarde que de costumbre, y en vez de hacer charla con sus compañeros de trabajo, fué a sentarse a la mesa en que yo almorzaba solo. El saludo diario fué diverso esta vez. El "How you?" que cada día se comprime más, hasta resultar casi un sonido gutural, fué contestado por Lon con dejadez:

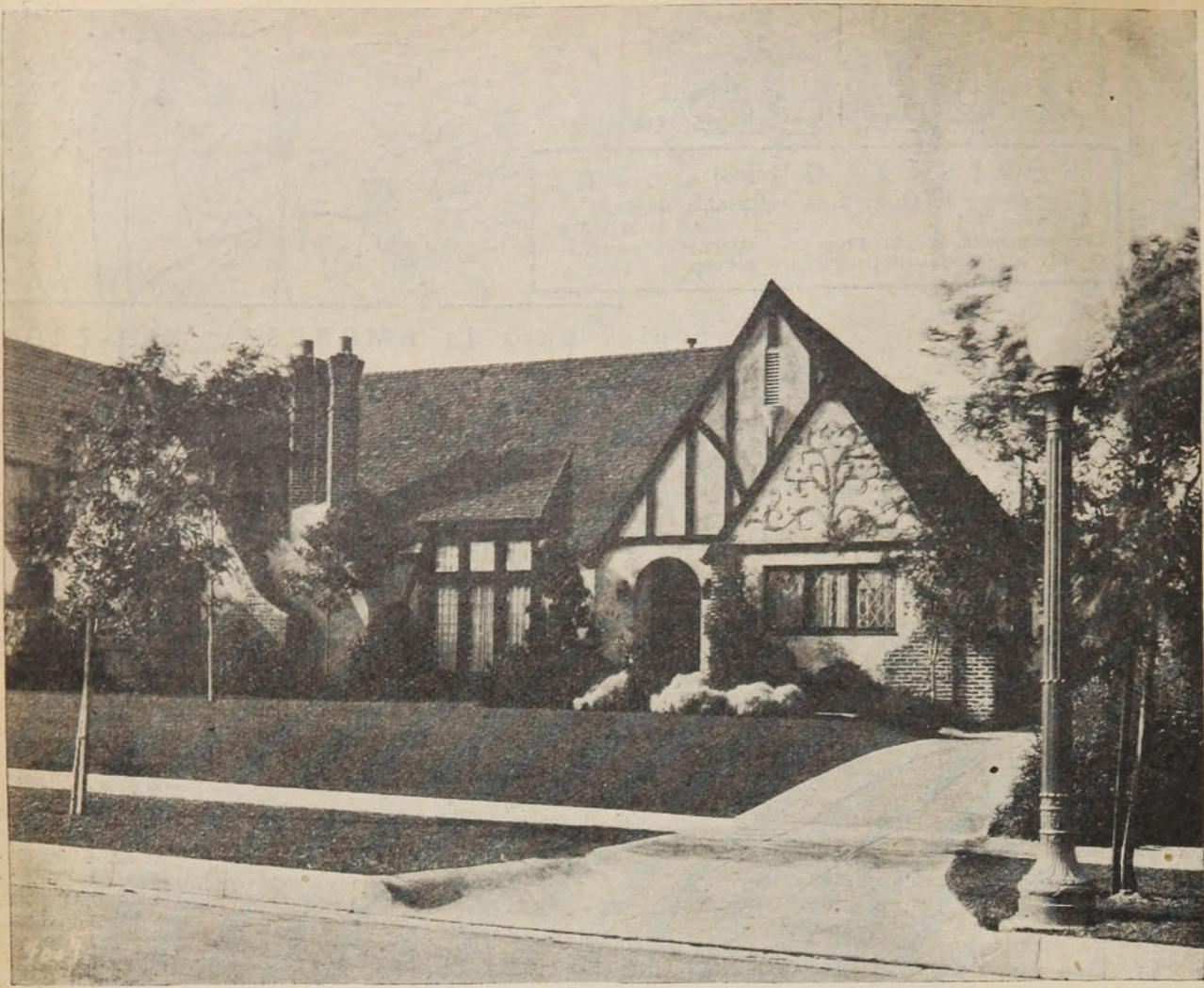
—No me siento bien hoy... Estoy "blue"...

Y fué mi ocasión. Cuando los hombres están sentimentales, es cuando tienen el corazón más a flor de piel, y cuando están más dispuestos a confesarnos lo que realmente sienten, con tanta sinceridad como avaros son en otros momentos, para ocultar su "yo" interior.

Lon Chaney tiene un pasado doloroso, de miserias, de sufrimientos y de vi-



Un autógrafo del célebre trágico para "Para Todos", puesto sobre una fotografía en que aparece interpretando al trágico protagonista de "Al Oeste de Zanzíbar". Lon Chaney no posee casi retratos al natural, y los prefiere caracterizados.



La magnífica casa del "astro de las mil caras", en Beverly Hills, junto a Hollywood.

da humilde. Fué un hombre del pueblo y ahora, veinte años después, cultivado y "gentleman", sigue siendo, en el fondo, el mismo hombre del pueblo, modesto, inexpresivo en su charla, y de hablar lento.

Los que ven al gran intérprete en la pantalla, imaginan encontrar en él, al natural, a un hombre enérgico, de movimientos violentos, de mirada penetrante, tan terrible, tan diabólicamente inteligente como en el "Fantasma de la Ópera". ¡Triste desilusión! Lon Chaney parece al natural, viéndosele cruzar por las calles interiores del taller, o almorcizar en el comedor, un ser humildísimo, sin personalidad. La ropa impresiona siempre con respecto al personaje: la ropa de Lon Chaney es eternamente gris, incolora, con los pantalones desplanchados y la corbata mal anudada. Los zapatos son, — por lo menos así lo he observado yo en muchos años, — signo muy claro de la personalidad, del alma del propietario. Los zapatos de Lon Chaney son feos, de color indefinible, de punta arriscada para arriba, como si estuviesen muy viejos o fuesen ordinarios. Es extraño pues, encontrar, ya charlando intimamente, tras una primera capa de indiferencia y de vulgaridad, un cerebro inteligente. Lon Chaney si hubiese nacido en la opulencia, habría sido un hombre superior. Como nació humilde, y como fué y sigue siendo timido y agresivo para la vida social, conserva vírgenes las cualidades innatas de su talento, sin refinamiento.

En su vida privada, el extraño actor, apenas si se divierte un poco más que un operario que gana 20 dólares a la semana. Podría asegurarse, de que al "actor de las mil caras" le sobran cada sábado la friolera de 4.980 dólares... Del taller a su casa, y de su casa al taller. Allá en la intimidad del hogar, — en una casa bonita, pero muy lujosa, — el actor que sacude a las muchedumbres, se quita los anteojos grises con que se escabuye de los admiradores en la calle, se arremanga la camisa gruesa de cuello suelto, y se va a la cocina a preparar la comida de él y de su esposa. Su placer más grande, para él, que posee una fortuna envidiable, es pasar las noches en su casa, preparando su cena, paladeándola más tarde, y luego leyendo los diarios y algún capítulo de novela de aventuras antes de irse a la cama.

Ese es Lon Chaney. Un hombre humilde, a quién el cine no ha cambiado. Jamás aparece Lon Chaney en grandes fiestas, ni en cabarets, ni en "premières" de nuevas cintas, ni aún en aquellas en que él ha actuado. ¿Cuál es la causa? Que

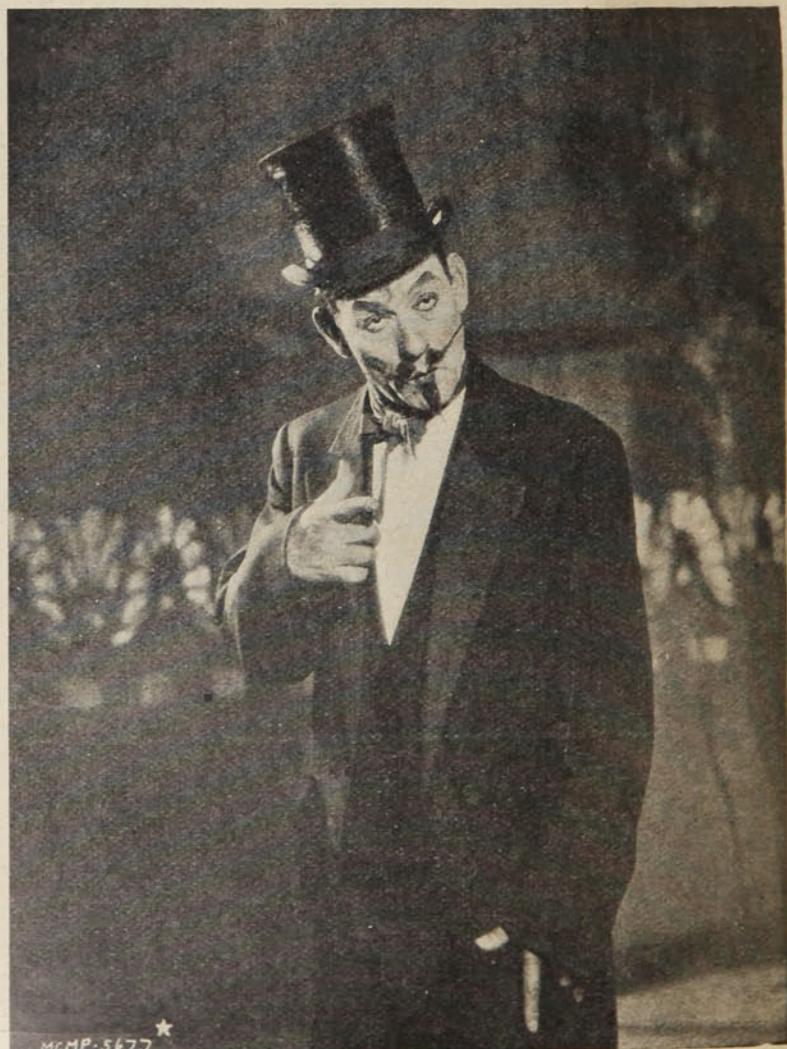
Una ridícula caracterización de Lon Chaney, que es uno de sus recuerdos más amargos, ya que no es ese el tipo de interpretación que él deseaba.

Lon Chaney se asusta en público, pierde su control, se turba, y termina por pasar un rato amargo, como un colegial en día de exámenes. Su guardarropa no es muy numeroso: unos pocos trajes iguales, todos grises, y algunos "jockeys", pues que jamás usa sombrero. Y ni un "smoking", ni un "frac": nadie recuerda jamás, haber visto a Lon Chaney vistiéndose estas prendas. Y el mismo se ríe: ¡no sabría usarlas fuera de la escena! — dice...

Yo deseaba preguntarle algunas cosas duras, a quemarropa, y aquella tarde me atreví a hacerlo, porque tenía los ojos sentimentales y la mirada vaga.

—¿Siente Ud., un placer en aparecer feo y repugnante en escena?

—Yo creo que sí... Un placer sentimental. Yo fui muchos años un muchacho pobre, un hombre miserable que volvía a casa cada día con poquísimo centavos para mis padres. Yo vi miserias y sentí hambres con los míos. Y en aquella época que ya pasó, sentí muchas veces el dolor inmen-



MGM-5677 *

so de ver el desprecio y la repugnancia con que las gentes ven la miseria ajena. Yo creo, que por eso encarno con placer roles en que se me desprecia por mí aspecto, para poder demostrar de que bajo un exterior repugnante, puede albergarse un alma purísima.

—Ud. se propuso establecer ese tipo en el cine?

—¡Oh, no! Y sería un vanidoso quién dijese de que ha entrado al cine para crear un tipo especial. Cada uno de los actores que poseen un poco de fama actualmente, entraron a este nuevo arte a hacer lo que podían: lentamente el público fué prefiriendo ciertos tipos de actuación en cada uno, y nosotros que necesitamos dar gusto a las masas para cobrar nuestros salarios, nos vimos obligados a hacer lo que al público le gusta, aún contra nuestros deseos. Desde Chaplin para abajo, a todos nos ha ocurrido este mismo fenómeno.

—Lo que quiere decir, entonces, de que Ud., no filma quizás los tipos que Ud. desea.

Lon Chaney se rió, mirándome fijamente.

—Ud. me ha hecho un comentario con olor a pregunta, y voy a decirle a Ud. la verdad, que no he contado muchas veces, — agregó. Parece que Ud. me entiende, y eso agrada.

Lon Chaney y Alice Day en la cinta "Mientras la ciudad duerme", una de las pocas en que ha actuado sin "make-up".



39-7-2



Y tomándome del brazo nos fuimos lentamente hacia el enorme "stage 12" donde se filmaban aquel día algunas escenas de "Donde el Este es el Este". Por el camino, cruzándonos con el maremágnum de gentes que se mueven dentro de un estudio, Lon Chaney contábame, con sinceridad, sus verdaderos sentimientos con respecto a su carrera cinematográfica. Pareciamos quizás engolfados en una conversación comercial, y era en cambio una confesión de ideales. Nos cruzamos con algunas artistas: la linda Anita Page, que volvía de filmar algunas escenas del brazo de William Haines, vestido de marinero. Más allá, Ramón Novarro, entusiasmado contando su próximo viaje a Alemania a un grupo de asistentes. El simpático mexicano alcanzó a vernos al pasar, y le gritó alegramente a su compañero:

—¡No se confiese con Borcosque! ¡Es muy preguntón! Pero ya estaba medio "pecado" afuera... y no había caso de arrepentirse.

—Yo comencé haciendo en el cine cualquier cosa. No tenía predilección por roles especiales. Entré solamente por trabajar, por obtener dinero para los míos. Eso fué todo. Pero pronto los directores encontraron que yo solía poner con mucha realidad una expresión feroz, y decidieron darme roles de villano. Se me ocurrió a mí entonces, recordar algunos cuentos policiales o misterios famosos, y encontré tan fácil el caracterizarme con un poco de pasta, que un año después, habíame hecho famoso en roles de esa índole. Fué entonces, cuando los estudios de Universal me propusieron filmar "Notre Dame" y luego "El fantasma de la Ópera". La primera ha sido en cierto modo, una de las interpretaciones que más me ha gustado.

—Pero no me ha dicho Ud. todavía los roles que prefiere.

—Voy a decírselo. Simplemente... ¡los roles de bueno! De bueno con cara de bueno, de bueno sin aspecto repugnante: quisiera ser en la pantalla un "Quasimodo" sin "make-up". Me llaman maestro del maquillaje, y me duele tener esa fama. Cada vez que se habla en el estudio de un nuevo rol para mí, lo primero que se decide es la capa de "make-up" que debo ponerme, los agregados con que debo desfigurar mis facciones, doblar mi nariz, hundir mis pó-

lon Chaney y Lupe Vélez, tal como aparecerán en la película "Donde el Este es el Este", de los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer. Pueden notarse en la fotografía las profundas cicatrices del "make-up" del célebre actor.

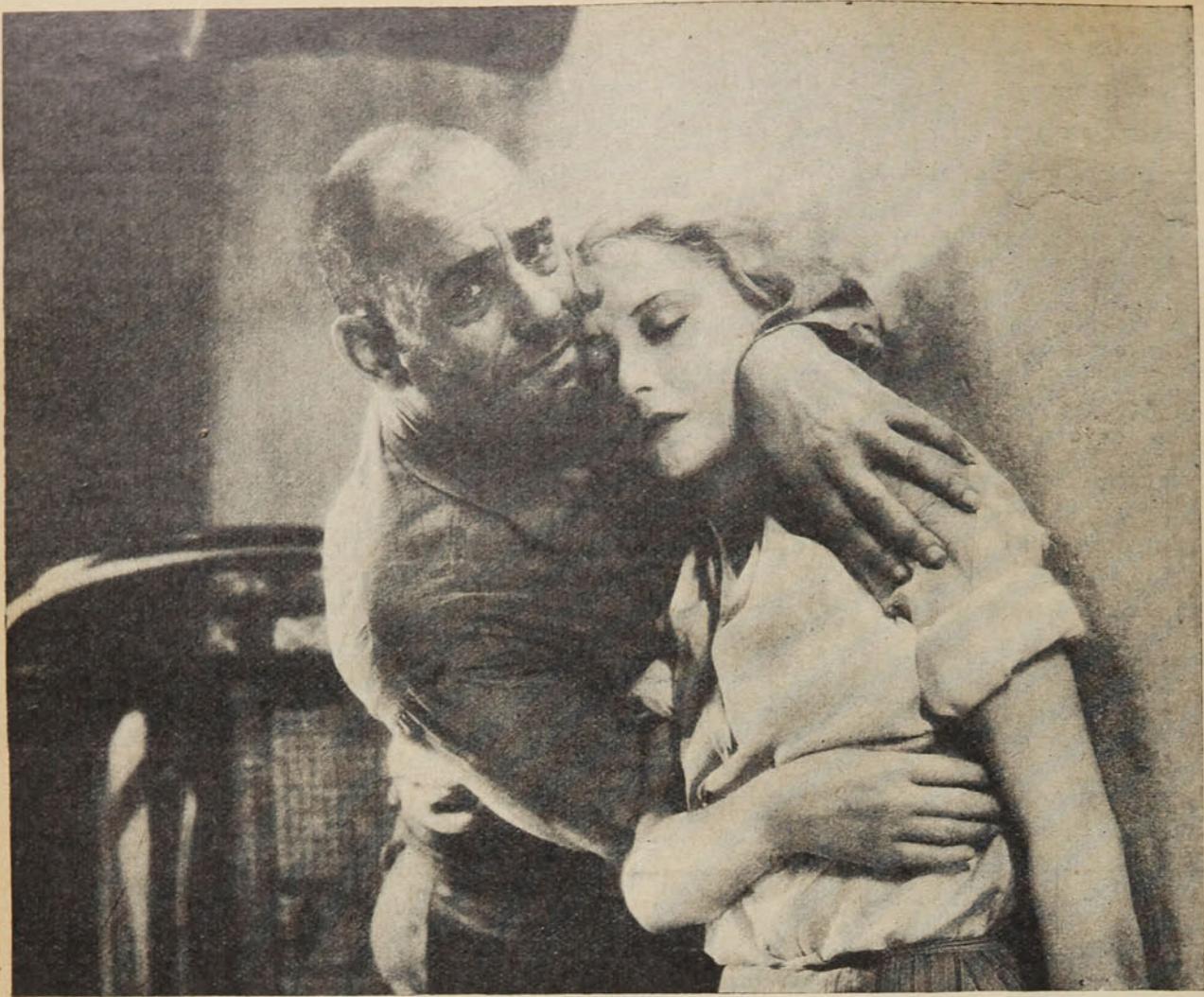
Contra las afecciones de los RIÑONES, VEJIGA Y VIAS URINARIAS

UROTROPIN Schering

En frasco de 50 tabletas de 1/2 gramo

El angulo Schering
sello de garantía

Aparte de la publicidad, el artículo incluye una entrevista a Lon Chaney sobre su trabajo en el cine y su vida personal. Muestra imágenes de él en diferentes escenarios de rodaje y con diferentes actrices.



Una escena emocionante de la película “Al Oeste de Zanzíbar”, en la que Lon Chaney tuvo a Mary Nolan como leading-lady.

mudos, enturbiar mis ojos para darme aspecto trágico y terrible. Yo siempre sueño con el día en que aparezca tal y cual soy, en un rol todo bondad, todo afecto.

—¿Y porqué no lo pide Ud.?

—¡Porque estoy convencido, de que sería mi fracaso artístico! Me lo dicen los productores, los directores, toda la gente de cine. Ya un par de veces he actuado con mi cara al natural, sin afeites, y ambas veces esas películas han pasado casi desapercibidas. ¿Sabe Ud., lo que contestaban al estudio, los empresarios de cientos de teatros de Estados Unidos? “¡La cara de Lon Chaney al natural es vulgarísima! ¡Parece un ‘gasfiter’ de humilde condición! Es una decepción para nuestros públicos. ¡Qué se maquille como antes!” ¡Y allá he vuelto yo a pintarrajearme para dar gusto al público, para el cual todos nosotros trabajamos.

Yo observaba a Lon Chaney. Para su actual producción, no ha debido usar pasta alguna, ni cambiar sus facciones, ni desfigurar su perfil. Pero en cambio, su rostro aparecerá cruzado por no menos de diez tajos terribles, mordeduras de cuchillo, trágicas pruebas de peleas de la azarosa vida de los aventureros malayos. Cada mañana, Lon Chaney permanece una larga hora en el gabinete de “make-up” de Ern Westmore, verdadero mago de la pintura amarilla, que ha reemplazado en los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer al famoso Cecil Holland, que se embarcó para Europa hace algunos meses. Westmore, pacientemente va hundiendo, con un líquido especial, el cutis suelto y adaptable del famoso actor, dejando como rojizas huellas las marcas de viejas cicatrices.

—¿No le molesta ese “make-up”? — le preguntamos.

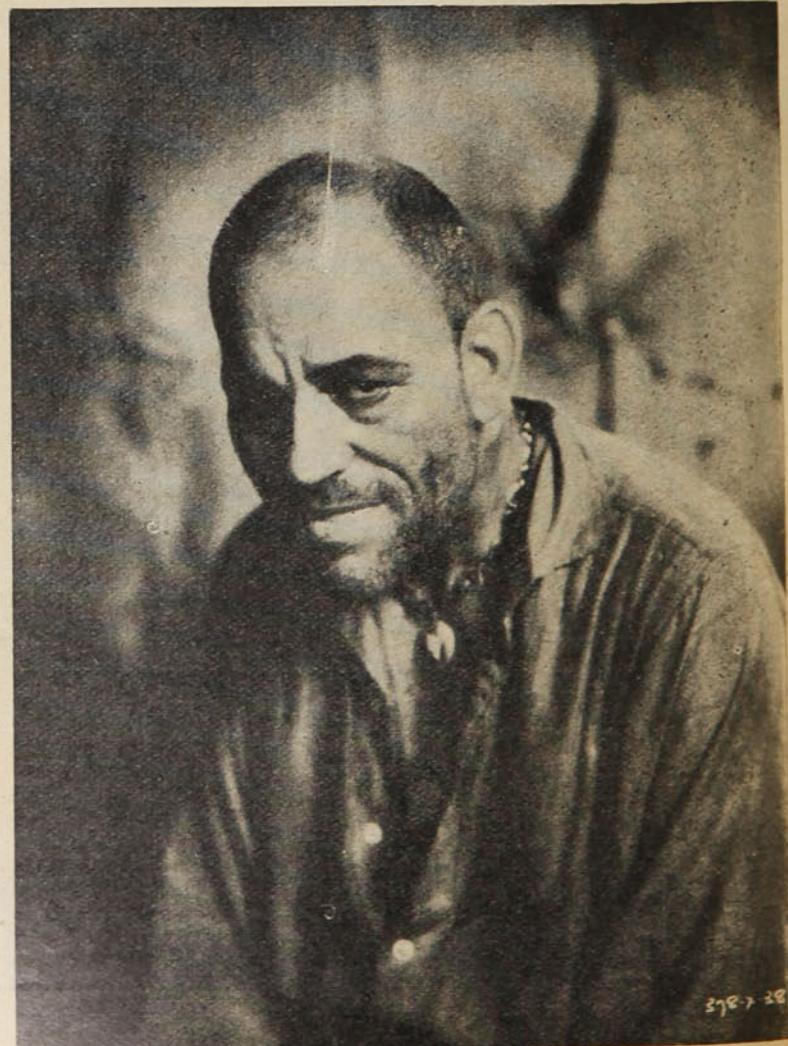
—Me he acostumbrado. ¡No es el peor de todos! He tenido algunos terribles, como el de las piernas fajadas a la espalda, en “El príncipe de los infiernos” y hace poco en “Al Oeste de Zanzíbar”, o bien los días de “Notre Dame” cuando me tapaban un ojo, me ponían pelotas de caucho dentro de la boca y la nariz, para hacerme salientes los pómulos, y me llenaban el cuerpo de vello artificial. Esto de las cicatrices es muy simple: lo que está ocurriendo, es que de tanto pintármelas diariamente hundiéndome el cutis, han quedado ya marcadas de tal modo, que no es necesario recurrir a una fotografía cada mañana para hacerlas en el mismo sitio. Cuando termine el trabajo, voy a tener la cara marcada para muchas semanas.

Habíamos llegado entre tanto al enorme “set” que ocu-

paba el “stage” casi por entero. Era un amplio patio de una casa javanesa, con sus corredores de extraño estilo japonés, sus escaleras de piedra, sus fuentes y sus bancos. Una espesa rejilla de alambre cubría todo el “set”, para obligar a un centenar de palomas a que volasen por sobre el patio, dando la sensación del ambiente de la famosa isla oriental. Hacia la izquierda tres jaulas de hierro guardaban tres magníficos leones africanos, plácidamente dormidos con el sueño interminable de bichos embalsamados... lo que no les quitaba un terrible aspecto de realidad que nos hacía volver la vista hacia las jaulas, hasta que tirándolos de la cola, pudimos convencernos de que no pertenecían al mundo de los vivos.

Lupe Vélez filmaba en aquel momento una pequeña escena, dirigida por Tod Browning, mientras otro grupo de intérpretes charlaba.

(Continúa en la página 79).



Otra excelente expresión de Lon Chaney, en su labor en “Al Oeste de Zanzíbar”.